POLÍTICOS Y ECONOMISTAS

Luigi Einaudi

CLÁSICOS CONTEMPORÁNEOS | 5

cedice Libertad 35 Años

POLÍTICOS Y ECONOMISTAS

Luigi Einaudi

CLÁSICOS CONTEMPORÁNEOS | 5

cedice Libertad
35 Años

www.cedice.org.ve

POLÍTICOS Y ECONOMISTAS

Luigi Einaudi

CEDICE LIBERTAD,
PRIMERA EDICIÓN, 1985
SEGUNDA REEDICIÓN, 2019

DL: DC2019001496
ISBN: 978-980-7118-72-9

COLECCIÓN
CLÁSICOS CONTEMPORÁNEOS

COORDINACIÓN GENERAL
Rocío Guijarro

COORDINACIÓN EDITORIAL
RGT Comunicaciones

TRANSCRIPCIÓN
Amalyn Pérez

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Eylin Serrano

© Centro de Divulgación del Conocimiento Económico «CEDICE»

Caracas, Venezuela 2019

Está permitida la reproducción de esta publicación, citando la fuente y con autorización previa del Centro de Divulgación del Conocimiento Económico «CEDICE»

+58 212 571.3357 cedice@cedice.org.ve @cedice

Av. Andrés Eloy Blanco (Este 2) Edificio Cámara de Comercio de Caracas. Nivel Auditorio Los Caobos, Caracas, Venezuela.

RIF: J-00203592-7

PRESENTACIÓN |

CEDICE LIBERTAD celebra 35 años de trabajo en favor de la libertad individual, la iniciativa privada, la libre empresa, el respeto al derecho a la propiedad, el gobierno limitado y la búsqueda de la paz, un reto asumido que sigue guiando su labor en pro de la transformación de Venezuela.

Fue en 1984, cuando 40 venezolanos: empresarios, intelectuales y profesionales de distintas disciplinas decidieron fundar la organización para promover la transformación de la sociedad e insertar al país en la dinámica mundial, para ello consideraron fundamental divulgar las bondades de la libertad económica, la ética, la acción humana, la doctrina del liberalismo, como base para sociedad de ciudadanos libres y responsables.

En ese momento –y aún lo creemos fervientemente, con un trabajo sólido que mostrar en 35 años- que trasmitir, educar, generar conocimiento y divulgar las ideas de una sociedad libre sigue siendo fundamental, ahora más que nunca

Desde entonces se han desarrollado las más diversas actividades. En cada uno de los programas que lleva adelante la institución, porque el compromiso con una Venezuela libre está sellado, ya que creemos firmemente, en que la única alternativa para nuestro país es la democracia liberal, para lograr pleno disfrute de la libertad individual en un sistema basado en la cooperación voluntaria.

Apoyo fundamental en los inicios de CEDICE, para la divulgación de las ideas fue **El Diario de Caracas**, uno de los medios de comunicación más comprometidos con estos principios, en ese momento dirigido por el miem-

bro fundador Carlos A. Ball M., empresario, intelectual liberal, preocupado siempre por el orden social de la libertad, para eliminar la pobreza y a quien hacemos un merecido reconocimiento con esta publicación. Este diario difundía semanalmente los libros que vendía la librería de Cedice, artículos de opinión de intelectuales vinculados a la institución y los domingos aparecían desplegados los **Clásicos Contemporáneos**, textos y documentos de autores clásicos y modernos que contenían ideas transformadoras para una sociedad de progreso y bienestar. Estos materiales no han perdido vigencia a pesar del tiempo, pues por ello son clásicos y de allí que en el marco de este 35 aniversario hemos querido poner en manos de los lectores interesados en estas ideas, especialmente de los más jóvenes.

El impacto en las comunidades de estos artículos, fue el origen de la primera edición de **Clásicos Contemporáneos** en 1985. Un volumen que reunía treinta ensayos de esta sección publicada en El Diario de Caracas que colocaba temas de importancia de diversos autores y que eran poco conocidos en el país.

Treinta y cinco años el país vive una profunda crisis económica, social, política, ya advertida en estos ensayos que conforman los Clásicos Contemporáneos; sin embargo, la tarea de Cedice Libertad y el compromiso por seguir trabajando para que todo cambie, sigue intacto.

Es por ello que se ha hecho una selección para publicar de manera digital de doce de estos ensayos que consideramos fundamentales para el momento que vive el país, convencidos que su lectura, será propicia para conocer más las ideas de estos pensadores además de su claridad, calidad y capacidad para comprender los fenómenos sociales, cuando se atenta contra la libertad del individuo.

La selección de **Clásicos Contemporáneos**, contiene artículos de Friedrich von Hayek, Milton Friedman, James Buchanan, Ludwig von Mises, Paul Johnson, Robert Nisbet, Henry Hazlitt, Luigi Einaudi, Ernest. van Den Haag, Murray Rothbard y Enrique Auvert. Pronto estaremos completando la colección con los demás ensayos que se publicaron.

Esperamos con este aporte contribuir al debate de las ideas, que lleven a Venezuela a insertarse en el mundo donde la vida, la libertad y la propiedad son la base para el desarrollo y la prosperidad.

El Consejo Directivo

BREVE BIOGRAFIA

Luigi Einaudi **1874 1961**

El autor fue profesor y rector de la Universidad de Turín. Primer presidente de la República italiana y artífice máximo de la obra de reconstrucción monetaria y económica que permitió el admirable desarrollo de ese país después de la Segunda Guerra Mundial.

Colaborador de el **Corriere della Sera,** La Stampa y **The Economist**. Director de la revista La Reforma Social hasta 1935, año en que fue suspendida su publicación. En 1936 fundó la **Rivista di storia economica**, que no dejó de publicarse hasta 1943.

Publicó los siguientes libros: *Un principe mercante* (1900), *Studi sugli effetti delle imposte* (1902), *Osservazioni critiche intorno alla teoria dell'ammortamento delle imposte* (1919), *Gli ideali di un economista* (1921), *Gli effetti economici e sociali della guerra in Italia* (1930), *Saggi sul risparmio e l'imposta* (1941).

Con el ensayo: *Políticos y economistas*, Einaudi aborda uno de los temas recurrentes desde la época posterior a la Primera Guerra Mundial hasta nuestros días, apuntando siempre a la responsabilidad de preservar la libertad del individuo.

POLÍTICOS Y ECONOMISTAS

Luigi Einaudi

Fue un gran día aquel 16 de noviembre de 1849, en el cual Francesco Ferrara, que fue, a mi juicio, el economista italiano más grande del siglo diecinueve, pronunciaba el discurso inaugural del curso de economía política en la Universidad de Turín. Francesco Ferrara sucedía en la enseñanza a Antonio Scialoja, quien dejaba la cátedra turinense para acudir a Nápoles, donde, una vez promulgada la Constitución le había llamado para participar en el Gobierno. Fernando de Borbón, el cual poco después había de encerrarle durante años en prisión. Ferrara, liberado a su vez de las cárceles borbónicas había logrado refugiarse en Turín, donde debía iniciar la publicación de la gran "*Biblioteca dell´ economista*", serie incomparable de clásicos de la ciencia económica, y donde fue pronto llamado, en virtud de su brillante reputación, para ocupar la cátedra de Scialoja.

Acudieron a oír el discurso inaugural, una multitud de diputados, senadores y periodistas, entre los cuales figuraba el conde Michelini, heraldo de la libertad económica en el Parlamento piamontés y el marqués de Cavour. A pesar de que la exposición duró dos horas bien completas, todos escucharon en silencio la voz elocuente del joven profesor. "A la salida" refería *La Legge*, periódico dirigido por Giuseppe Massari, "la audiencia, todavía impresionada por su noble discurso, saludó al profesor con vivos y entrañables aplausos".

Entre los asistentes destacaba un relator excepcional, Camilo de Cavour, el cual continuó asistiendo a las demás lecciones e informando

sobre ellas, con una extensión que no era sorprendente en aquella época, en los números de 14, 26 y 28 de diciembre de 1849 y de 5 de enero de 1850, el diario *Il Risorgimento* que dirigía el propio Cavour.

Se encontraba frente a frente el mejor economista italiano de ese siglo y aquel que debía convertirse en el hombre de Estado más grande de la nueva Italia. El uno era digno del otro. Camilo de Cavour escuchaba las lecciones de Ferrara, porque estaba persuadido de una gran verdad, a saber, "que los mayores problemas que nuestra época está llamada a resolver no son los problemas políticos sino los sociales, que los problemas referentes al orden económico de la sociedad sobrepasan en importancia a las cuestiones relativas a las distintas formas de gobierno"

Por eso, de acuerdo con el pensamiento de Cavour, "la más importante de todas las ciencias morales, aquella cuyo estudio se debería promover y difundir con más intensidad, es la ciencia de la economía política, que tiene por objeto investigar las leyes que rigen los fenómenos sociales e indagar las causas que regulan la creación y la distribución de las riquezas y, por lo tanto, la condición relativa de las distintas clases de la sociedad".

¿Qué esperaba el hombre de Estado del economista? ¿No era simplemente exponer las leyes teóricas de la ciencia pura, sino señalar la manera cómo esas leyes deben guiar a los hombres públicos por el camino de la verdad y, por lo tanto, hacia una acción adecuada?

Se lamentaba Cavour de que, en Francia, la enseñanza de la ciencia económica hubiese quedado relegada a un oscuro rincón del *College de France*, en el cual ni la lucidez extraordinaria de Pellegrino Rossi ni el talento sobresaliente de Michel Chevalier, habían podido suministrar aquella fecunda enseñanza. Consideraba por ello que "debe atribuirse en gran parte al deplorable estado de las doctrinas económicas en Francia la rápida y fácil difusión de las teorías socialistas y la favorable acogida que dan las masas populares a las utopías más extravagantes y a los proyectos más absurdos de reforma social".

Lo que importa en esa afirmación no es la franca condenación de las teorías socialistas, sino la responsabilidad que atribuye a los economistas por no haber sabido demostrar sus errores.

No es misión de los economistas emular a los socialistas en declaraciones verbales que muestren que tienen un corazón igualmente anhelante del mejoramiento de las clases populares. Los economistas no deben apoyarse sobre el sentimiento ni sobre los impulsos de su corazón, el cual es, en realidad, al menos tan generoso, como aquel de que se jactan los demagogos.

"Si el economista, para alcanzar su objetivo, que es la búsqueda de la verdad científica, está obligado a escuchar la voz de la razón más que la voz del corazón, si debe atenerse a los preceptos de la lógica, en vez de abandonarse a las fantasías de la imaginación; si su mentalidad positiva rehúye las declamaciones estériles, no tiene por eso menos preocupación por el bien de sus semejantes, ni está menos deseoso de aliviar los males que afligen a la humanidad que aquellos audaces demagogos que pretenden monopolizar los sentimientos de filantropía y de caridad".

Los adversarios de la ciencia económica la acusan de ser responsable de los males de la sociedad moderna. La acusación soliviantaba la conciencia del eminente conde: "Si se prestase atención a los enemigos de la economía política, se diría que los dolores del proletariado son un nuevo morbo moral introducido en el mundo por las doctrinas económicas. Sin embargo, no hay verdad histórica más cierta, más demostrada matemáticamente, que el progresivo mejoramiento de las condiciones de las clases populares. Deploramos altamente los males que ha derivado el proletariado y esperamos verlos disminuir con el transcurso del tiempo y el incremento de la civilización, pero no dudamos en afirmar que la situación del proletariado moderno constituye un inmenso progreso respecto a la esclavitud de aquellas repúblicas antiguas cuyo sistema económico excita todavía la admiración de algunos de nuestros retóricos; y respecto a la servidumbre de la Edad Media, tan atractiva para los escritores que se inspiran en un difuso romanticismo católico".

Camilo de Cavour tenía la convicción de que "el proletariado no es probablemente la última fase del desarrollo económico de la humanidad". Pero estaba seguro de que el porvenir no ha de ser aquel que se imaginan los socialistas. Si el futuro "se apoya sobre un esquema extraído *a priori* de las propias elucubraciones, percibido en un ho-

róscopo de gabinete y proclamado en el seno de un club, no es en realidad una teoría del porvenir, sino una conspiración contra la lógica. Es el intento de aprisionar el intelecto humano en la estructura de un edificio parlamentario. Es una forzada detención de la marcha de la humanidad. No es por la tanto la teoría, sino la herejía del progreso".

¿Qué es lo que pedía, en consecuencia, el hombre de Estado al economista? Simplemente iluminar la política económica y social con la claridad de la razón. El conde de Cavour no deseaba que el economista formulase proyectos de regeneración de la humanidad, bosquejos de tipo de vida ideales, promesas de reformas profundas y revolucionarias en el orden social. Sólo le pedía que usase, al discutir los problemas de la sociedad, los instrumentos de la lógica y la razón. Si se mantiene alejado de las declamaciones humanitarias; si examina una a una las ideas, las propuestas y los proyectos y se limita a estudiar serenamente, con el solo instrumento de la lógica, cuáles son las consecuencias de la realización de esas ideas, propuestas y proyectos, y se las acoge o rechaza según sean, de acuerdo con la lógica, beneficiosos o perjudiciales sus efectos, habrá cumplido plenamente su deber.

¿Qué puede reclamar al economista el político de nuestros días? Cavour sabía lo que debía reclamar porque había estudiado, había sabido elegir y había sido capaz de formular conclusiones. No había estudiado las efímeras publicaciones del día. No leía solamente los periódicos y, entre estos, se interesaba solamente en aquellos que tenían notoria calificación. Había leído, por el contrario, los grandes libros sobre los cuales se fundaba entonces la educación económica. Se encuentran, en efecto, entre sus cuadernos de juventud, resúmenes de Adam Smtih, de Juan Bautista Say, de Sismondi.

¿Qué es, en cambio, capaz de entender el político de nuestros días, en el cual no puede ciertamente presumirse la preparación del conde de Cavour? Solamente aquello que es capaz de entender el lector común de un periódico diario. Las palabras que el político italiano medio entiende son las de los vocabularios comunes de la lengua italiana. Los de Fanfani, Rigutini, Panzini. Y nada más.

¿Qué es por el contrario lo que se requiere que entienda el hombre común y el político cuando tropiezan en los textos impresos o en los informes y discursos de los economistas con palabras como "coyuntura", "estructura", "supraestructura con su derivado estructurar", "recesión", "dinámica", "dualismo", "multiplicador" o "inversión de la praxis"? No cito las palabras técnicas que se leen en las revistas especializadas, nunca vistas y ni siquiera abiertas por el político común, sino aquellas con las cuales nos tropezamos en la primera página de los diarios. Al igual que el feligrés, que ha oído el sermón del famoso orador, y que no ha entendido nada de sus frases rimbombantes, se limitará a decir: ¡Qué bien habló! Pero, al llegar a su casa, sólo logrará repetir algo de la explicación llana y sencilla que ha hecho el cura del evangelio dominical. En efecto, el hombre común comprende y aprecia y obtiene posiblemente frutos de las palabras del evangelio. Al gran orador sacro le tributa solamente el elogio inútil: ¡Qué bien habló!

¿Qué se quiere que entienda, por ejemplo, la mente del lector común con la palabra "coyuntura"? Puede ser que esa palabra signifique algo en alemán, más si bien se reflexiona, no significa nada en italiano. ¿Es una serie de hechos que se suceden? ¿O es un instante en ese conjunto de hechos? ¿Refleja un instante de aquellos que en el pensamiento ordinario son considerados favorables, o adversos, o ni lo uno ni lo otro? Parece cierto que se refiere a algo que se mueve, que no es fijo, pero en la mente del lector político no pasa de ser una niebla confusa. ¿Qué es a su vez "estructura"? El hombre común, y, con él, el político común, oyen todos los días a los economistas y a sus propios jefes hablar de reformas "de estructura", de reformas que no pueden ser superficiales, que deben llegar hasta la raíz y por lo tanto reformar, innovar y transformar la estructura de la sociedad. Lo que sea esa estructura no es algo que se deduzca de la propia expresión. Se intuye vagamente que debe ser algo opuesto al ordenamiento social existente, o aún más, algo que signifique "socialismo" o "comunismo" en lugar de "capitalismo" o "individualismo": y como estas palabras son también genéricas y no responden a la realidad efectiva de ningún país conocido, incluida Italia, se permanece a oscuras sobre lo que sea esa auspiciada reforma de la estructura. Se supone aproximadamente, para empezar, que se

refiere a alguna especie de aquello que en lenguaje más común se denomina socialización o estatificación o municipalización.

Limitándonos una vez más a los términos pseudocientíficos que se leen en los diarios, ¿qué es lo que se quiere que entienda el político ordinario cuando en vez de oír hablar de "actividad industrial o comercial o técnica o agrícola" oye hablar del "componente interno" de la situación; o cuando, en vez de leer las palabras demasiado simples del vocabulario tradicional, tales como "exportaciones", "importaciones", "remesas de inmigrantes", gastos de viajeros extranjeros en Italia o de viajeros italianos en el exterior", lee "componentes externos" de la propia situación? El hombre político finge que entiende y se marcha diciendo, si bien no pensando: ¡Qué bien habló aquel! En lugar de decir por las buenas que han sido reducidos los derechos protectores sobre las importaciones o que han sido abolidas o reducidas las prohibiciones de importar esto o aquella mercancía, se suele hablar de "liberación de los cambios", lo cual significa la misma cosa, pero expresada en un lenguaje abstracto, que el desventurado político debe mentalmente traducir a los términos que utiliza en sus deliberaciones cotidianas. Para decir que, a igualdad de nacimientos, los progresos de la sanidad pública implican un aumento de la población hábil para el trabajo, se dice que aumenta la "presión demográfica". En lugar de referirse a la "cantidad de bienes demandados y ofrecidos" en el mercado, que todo el mundo sabe lo que es, se habla de "intervención de la curva de la demanda y de la oferta" o de "curvas de indiferencia": y en vez de referirse a las materias primas que son adquiridas por una empresa en el exterior para ser transformadas en productos acabados para el consumo interno o para la exportación, se habla abstractamente de "circuitos productivos" nacionales e internacionales, lo que constituye una manera vaga e imprecisa de expresar una realidad concreta.

En la jerga actual no se habla más de progreso, de avance, de aumento o incremento de la civilización, que son términos que aluden, en forma inequívoca, a tipos de sociedades que pasan de una situación económica y social que se considera inferior a otra que se estima superior. La jerga ha adoptado la palabra "desarrollo", y nadie se atreve hoy a teorizar sobre algo que no sea el "desarrollo". En el lenguaje

común, "desarrollo" es un término que requiere necesariamente una calificación: buena o mala. Ticio se desarrolla físicamente bien, Cayo, no obstante que se desarrolla, suscita el temor de que no cumpla sus promesas intelectuales. Sempronio era el último de la clase en el colegio y fue luego sobresaliente en su profesión. El término "desarrollo" requiere por lo menos, un signo positivo o negativo.

¿Por qué usarlo, en sustitución de términos usuales como progreso y regresión? La razón es probablemente la que en un tiempo se calificó de orgullo académico. El hecho es que la jerga ha cavado un surco entre el economista y el político, y éste, que está demasiado atareado para reflexionar antes de actuar bien o mal, tendría necesidad de entender los problemas sin demasiado esfuerzo.

¿Quiénes son aquellos que hablan en esa jerga? Tengo a la vista el informe del tercer congreso nacional de sociedades económicas reunido en Turín en septiembre de 1898, con ocasión de la Exposición Nacional celebrada en conmemoración del Cincuentenario de la Constitución. Entre 125 participantes he podido apenas identificar los nombres de una doce juristas y economistas profesionales, incluyendo algunos jóvenes que, como yo, se mantuvieron silenciosos.

Ese congreso era una típica expresión de las reuniones de hombres interesados en los problemas económicos de nuestro país a fines del último siglo. Son los antecedentes inmediatos de las grandes convenciones que hoy mantienen las confederaciones de empresarios o de trabajadores, las cámaras de comercio y las asociaciones económicas en general.

Hoy en día, los participantes en esos congresos no se califican con el título de "economistas" sino de "expertos" o como decíamos antes en italiano "peritos". Cuando la Confederación Italiana de la Industria o de la Agricultura o las opuestas Confederaciones del Trabajo o Confederaciones de Trabajadores Italianos celebraban congresos, intervienen multitud de expertos. Vienen por centenares. Son hombres ilustrados, mucho más informados, cada uno en su propia especialidad, que los economistas genéricos, cuyos nombres eran mundialmente

conocidos y que los reducidos grupos de economistas y estadísticos que intervienen en las sesiones de sus institutos y asociaciones. Los expertos integran los comités de estudio, suministran los hombres a los grupos de trabajo que se constituyen sin tregua en el seno de los consejos y comisiones internacionales para preparar los informes y las resoluciones que se someterán a los consejos de jefes de Estado o de Gobierno y a los ministros que dirigen hoy los asuntos mundiales. ¿Cómo podría discutir y deliberar la asamblea de las "Naciones Unidas" sin la ayuda de centenares y millares de "expertos"?

Los mencionados expertos, indispensables, ilustradísimos, informadísimos, únicos "conocedores de la jerga", se han convertido, a causa de una sabiduría específica, no emulada nunca en el pasado por los economistas, en una de las siete plagas de Egipto, en un verdadero infortunio para la humanidad. Cada uno de ellos conoce a fondo su problema, aquel en el cual se ha convertido en "experto" y el cual sabe cómo resolver. Los demás colegas en pericia agregan, reducen, perfeccionan, moviéndose siempre en el mismo orden de ideas. Conociendo a fondo todas las particularidades, todas las dificultades del problema, después de haber afirmado el principio, saben rodearlo de todas las condiciones, las excepciones y las reservas necesarias a fin de que el principio pueda ser realizado.

Los economistas que, hace un siglo, eran llamados a estipular un tratado de comercio, ya fuesen Chevalier en Francia o Cobden en Inglaterra, o, más tarde, Luzzatti, negociador italiano vitalicio, redactaban una lista de mercancías cuya introducción recíproca quedaba libre de derechos y otra lista para la cual se señalaba, partida por partida, el importe de los impuestos que habían de pagarse en la frontera. Firmados los acuerdos, los economistas regresaban a su casa y dejaban a los importadores y exportadores de los países concurrentes que aprovechasen mejor o peor las facilidades concedidas por el tratado o que superasen lo mejor que pudieran los obstáculos creados por él.

Hoy la función de los "peritos" cuando el tratado ha sido concluido, está apenas en sus comienzos. Es preciso vigilar la aplicación del tratado. Si los industriales o los agricultores nacionales de uno de

los países contratantes se quejan de sufrir pérdidas a causa de la concurrencia e invocan la cláusula de salvaguarda, los peritos se deben reunir para comprobar si existen las condiciones de aplicación de la cláusula expresada, y, en consecuencia, discutir y deliberar. El perito, a diferencia del economista de otro tiempo, el cual establecía una regla y dejaba libertad a los interesados para moverse dentro de los límites de esa regla, es un "director"por definición. Sabe cómo se resuelve el problema implicado en la regla y debe asegurarse de que sea efectivamente resuelto de acuerdo con ellas.

Pero la jerga y la sabiduría del perito no serían en si mismo defecto capitales. La jerga interpone entre el político y el economista, el obstáculo de un lenguaje incomprensible para aquel que debe actuar. El "dirigismo" halaga la propensión natural del político que se considera llamado para hacer prosperar, dirigiéndolo sabiamente, el propio país. Son defectos graves, pero no decisivos.

El punto decisivo del problema se encuentra en la actitud del perito cuando se enfrenta al político. La posición del perito o experto es simple, casi obvia. ¿Está acaso el perito llamado a elegir entre los distintos fines de la acción pública, a decidir el fin que el Estado debe perseguir? La respuesta es negativa. El fin es elegido por el político, por el jefe del Gobierno, por el Parlamento. Los motivos de las decisiones son políticos. El político está persuadido de que esos fines son los que contribuyen al mejoramiento de la colectividad, a procurar el bien común, a elevar el nivel de bienestar económico y de perfeccionamiento moral e intelectual de la generación actual.

Se considera diferente el deber del experto. Dado el fin perseguido por el político, ¿los medios eventualmente elegidos por él son congruentes para el logro de ese fin? Es un deber ciertamente importante. Me atrevería a decir que es a menudo tan decisivo y quizá más que la propia determinación del fin. Cuando como ocurre a menudo, el fin es nebuloso, mal concebido, fruto de improvisaciones demagógicas, le es fácil al perito demostrar que no existen medios adecuados para obtener un fin incierto o manifiestamente perjudicial: o que, si los medios existen, estos son causa de perjuicios mayores que los beneficios imaginarios

que el político había soñado. Si el fin es aceptable en principio, como la alta tributación de los ingresos más altos, pero de dudosos resultados, por la excesiva tributación de los grados más altos de la escala de ingresos, el deber del perito es delicado e igualmente beneficioso. Si él demuestra que la escala de tributación deseada por el político es tal que ha de eliminar radicalmente más allá de un cierto nivel cualquier incentivo para el trabajo remunerado, si demuestra que para los réditos del capital, una tributación del 98% sobre los ingresos superiores a cien mil, no liras italianas, sino por ejemplo, francos suizos, es tal que ha de hacer grandemente conveniente gastar el capital productivo del rédito en vez de consumir el mínimo residuo del rédito que le queda al contribuyente (un consumo de 1.000 francos de capital de una vez produce en efecto, una satisfacción mucho mayor que el consumo de un franco por año, que sería todo lo que quedaría al contribuyente de un rédito de 50 francos gravado con una tasa del 98 por ciento); si demuestra semejante evidente verdad, habrá instruido al político sobre las consecuencias derivadas de la realización de sus fines igualitarios y habrá persuadido a la opinión pública y por lo tanto a los políticos sobre la grave inconveniencia de fines que están aparentemente inspirados en criterios de justicia.

Si el perito llamado a opinar sobre el propósito del político de transferir al municipio la fabricación y la venta del pan, industria con la cual los administradores se prometen entregar al erario municipal el beneficio, supongamos de un millón de liras al año, que hoy aprovecha a los industriales de la panadería: si el perito, analizando los datos del problema, concluye que se persigue un objetivo ilusorio: que ese beneficio es obtenido gracias a la peculiar habilidad del industrial que fabrica un pan que agrada a los ciudadanos y que sabe comprar oportunamente la harina, y que no es probable que las mismas cualidades puedan encontrarse en un funcionario remunerado con un sueldo fijo, por lo cual la municipalidad, en lugar de obtener un beneficio, podrá enfrentarse con una pérdida, el perito habrá cumplido igualmente con su deber y, al aclarar la clase y el costo de los medios, habrá aclarado asimismo el peligro relativo a la oportunidad del fin.

Sin embargo, eso no es suficiente. La misión del economista, que no sea solamente un perito en uno o varios campos determinados de la ciencia

económica y social, es percibir también los lazos que vinculan la acción económica con la acción política, moral y espiritual. En otras palabras, el economista no puede ignorar que él, como hombre, tiene el deber de formular juicios de valor. No sirve afirmar que los juicios de valor son ajenos a la ciencia, que en los juicios de valor no se usan los instrumentos de la experiencia y del razonamiento que son propios del conocimiento científico, o que ellos están basados en el sentimiento, en la tradición, en la pertenencia a esta o aquella clase social o en la religión.

Ello no es cierto. No discutiré que el economista no es un fragmento de hombre, sino un hombre entero, que no puede liberarse de su propia naturaleza, de las propias pasiones, de la herencia de las generaciones, del poder de los intereses. La observación no es pertinente, porque nadie reclama al astrónomo, al físico o al químico que olvide que es también un hombre que tiene hijos, esposa, padres, que viven en una sociedad y que ha de vivir en ella como un ciudadano pleno y no sólo como astrónomo, químico o físico. Afirmo, por el contrario, que la separación entre los medios y los fines es irreal y debe ser netamente rechazada. El estudio de los medios, de los cuales debería ocuparse objetiva y exclusivamente el economista, es inseparable del estudio de los fines. Los medios adecuados reaccionan sobre los fines. Los medios basados en libertad son incompatibles con los fines contrarios a ella.

Supongamos por un momento que las críticas a las nacionalizaciones y adscripciones de empresas al Estado, al Municipio o a otros entes públicos sean infundadas: y que se demuestre de modo convincente que son equivocados los pronósticos de que han de obtenerse pérdidas en vez de beneficios al pasar del ejercicio privado al ejercicio público. Supongamos que la nacionalización permite obtener algunos, muchos o aun quizá todos los beneficios indirectos consistentes en perjuicios evitados y en ventajas conseguidas que sus partidarios alegan con explicable complacencia. Supongamos que esos mismos beneficios indirectos -señalemos, por citar un solo ejemplo entre mil, la supresión de las corrientes de humo que emanan de las fábricas Pozzuoli y envenenan el panorama y la vida vegetal de esa maravilla del mundo que es el golfo de Nápoles- no se pueden obtener

o sólo en forma insuficiente con los medios de control y coerción que se pueden usar en una sociedad de empresa libre. Supongamos que, analizando una a una las nacionalizaciones resisten a cualquier crítica y supongamos por lo tanto plenamente comprobada la conveniencia de una política económica nacionalizadora de una, de muchas o de la mayor parte de las ramas de la actividad económica. Pues bien, aún en tal hipótesis, absurda e irreal, el problema permanece en pie. Es más, su gravedad aumenta sin cesar a medida que una rama de actividades se agrega a otra en el camino de las nacionalizaciones, y crece el número proporcional de empleados del Estado y de los demás entes públicos.

La garantía de libertad de los ciudadanos se basa en la existencia de diversos poderes y de fuerzas de atracción variadas, merced a los cuales el hombre ordinario no debe necesariamente depender, para obtener el pan cotidiano de un solo poder. Aun si revestimos a ese poder con el nombre atrayente de Estado, se convierte en la única fuente de vida, y de sus decisiones exclusivas dependen la posibilidad que tiene el hombre de mantenerse a sí mismo y de mantener a su esposa, a sus hijos, a sus padres. La tiranía política es despreciable, pero a la larga está condenada a muerte, si los hombres pueden procurarse los medios de vida independientemente del tirano, si tienen, por consiguiente, aunque estén sobrecargados de impuestos y reducidos a luchar astutamente para esconder sus bienes, medios para conspirar y para reunir armas. Más si el tirano domina también la vida económica, si, como ocurrió en Italia y en Alemania entre 1920 y 1940, el Estado tiende a subyugar todas las actividades económicas, desaparece toda posibilidad de salvación. Sólo una guerra desafortunada, provocada por la locura o por la insolencia del tirano, puede salvar el país. Por fortuna, parece que existen hoy todavía frenos suficientes contra la voluntad de dominación del mundo, por los gobernantes comunistas.

El incremento progresivo de las nacionalizaciones de las actividades económicas es, en sí mismo, causa de efectos perniciosos. La concurrencia entre millones de empresas a las cuales puede recurrir, para buscar trabajo, el hombre que no tiene otra cosa que sus brazos -tipo humano que, en una época de leyes laborales y agrarias de ahorros difundidos, de cooperativas y seguros sociales, tien-

de a convertirse en una mera figura retórica o abstracta -crea cierto tipo de trabajador, aun en el caso de que disminuya el número de empresas concurrentes y de que ellas varíen entre aquellas que tienen dimensiones colosales y las mínimas empresas artesanales. Por el contrario, la sociedad que tiende a ser crecientemente absorbida por el Estado, crea un tipo distinto de trabajador.

En el primer tipo de sociedad, el reclutamiento y la elección de los trabajadores tiene lugar, entre errores y tanteos, de manera imperfecta y mixta y teniendo en cuenta factores de parentesco, clientela y posición social, pero esencialmente sobre la base de la competencia técnica. A la larga, la empresa que quiere prosperar, que aspira sobrevivir a la desaparición de sus fundadores, que alcanza la tercera generación, no puede reclutar los jóvenes por recomendaciones o favores. La rivalidad entre las empresas impide la decadencia general.

La sociedad nacionalizada, que adquiere poco a poco el monopolio del empleo, tiende gradualmente a adquirir características propias. Los directores son elegidos en el seno de la clase política, o sea, dentro de una pequeña minoría de electores, constituida por el grupo que ha sabido organizarse mejor o presentar un credo que ha logrado conquistar el apoyo de la opinión pública. Los directores de las empresas nacionalizadas y sus empleados, tienden a ser progresivamente elegidos entre aquellos que se revelan con más aptitud para rendir servicio a los intereses de ese grupo político. Si la banca, hoy casi enteramente nacionalizada en Italia, ha escapado hasta ahora a la interferencia de la clase política, ello se ha debido a una milagrosa combinación de circunstancias: las tradiciones de los hombres del pasado, todavía vivos y en puestos de mando, y el respeto de los políticos hacia el misterio que circunda todavía afortunadamente los asuntos monetarios y bancarios y les cohíbe de injerirse en ellos. ¿Cuánto durarán esa tradición y ese respeto? Quien haya tenido, aun por accidente, alguna experiencia en la vida pública, teme la extensión del imperio de la recomendación y de la intriga. El Estado intenta oponer el método del concurso para el ingreso en todas las funciones públicas frente al de la libre elección por conocimiento directo, por presentación de personas íntegras o por herencia familiar, que prevalece en las empresas privadas. Pero esta

defensa es difícil de sustentar en las empresas recientemente nacionalizadas y en la contratación masiva de empleos. Causan consternación moral las cartas que todos los días se reciben de las de las partes más diversas de Italia: "Habríamos preferido no agregar esta solicitud a las demás; pero la verdad es que, sin la recomendación de una persona influyente, no se triunfa en ningún concurso". La realidad es mucho mejor de lo que se deduce de estas cartas; pero se tiembla sólo de percibir lo difundida que está la convicción sobre la importancia de la recomendación y de la intriga.

¿Puede el economista, que no sea solamente un perito, cerrar los ojos a la consecuencia de su interferencia respecto al problema de los fines y continuar diciendo: "Cuando yo he juzgado si los medios propuestos u otros alternativos son congruentes para obtener los fines perseguidos por el político, ¿he cumplido plenamente mi deber?"

No. Ha faltado a la parte esencial de su deber. Y no afirmo que el economista deba necesariamente abominar del Estado socialista, aun a pesar de que, a mi parecer, es un Estado tiránico y totalitario. El economista puede ser socialista, pero tiene el deber de decir que ese tipo de Estado es su ideal y que es un adversario del tipo de Estado liberal, que custodia, como bien supremo, la libertad del individuo. No se es liberal, si no se admite, en primer término, el principio de la discusión entre ideales diversos, y entre esos ideales, tiene pleno derecho de ciudadanía, además del liberal, el opuesto ideal socialista o comunista. Sin embargo, el economista no tiene derecho a ser neutral y esgrimir una inexistente distinción entre medios y fines. Debe pronunciarse a favor de aquellos fines con los cuales se encuentra más próximo. Y debe dar la demostración de lo que afirma.

Debemos estar siempre en condición de aplaudir, con Camilo de Cavour, las palabras con las cuales Francesco Ferrara concluyó el 16 de noviembre de 1849 el discurso inaugural del curso de economía política de la Universidad de Turín: "El déspota perdona al demagogo, más no perdona al economista".

ISBN: 978-980-7118-72-9